



Estrategias persuasivas durante la irrupción de la ideología fascista en España: miedo, segregación y desprecio por la política

Miguel Soler Gallo¹

Recibido: 14 de noviembre / Aceptado: 24 de noviembre

Resumen. En este trabajo se aborda la introducción de las corrientes fascistas en España a través del movimiento de Falange Española, en torno a los años treinta del siglo XX hasta antes de la guerra civil española, y los mecanismos y estrategias que, desde los discursos, los primeros representantes de la ideología fascista, aún poco definida pero de inspiración claramente mussoliniana, ponían en práctica para presentarse ante la sociedad y, sobre todo, para generar una conciencia de grupo con el fin de vencer al resto de opciones políticas consideradas enemigas de la patria y responsables de los males que atravesaba el país. En este proceso de toma de contacto con la sociedad, los simpatizantes del fascismo, que, en el caso español, eran falangistas, ponen en marcha estrategias para imponer a la colectividad su idea de Estado, crear una conciencia de grupo y desvincularse de las demás opciones políticas. Para conseguir esto se usa el infundio, la transmisión del miedo, la segregación y un rotundo desprecio hacia la forma de hacer política de su tiempo, que consideran caduca en relación con su propuesta.

Palabras clave: España; fascismo; política; polarización; miedo.

[en] Persuasive Strategies in the Early Stages of Fascist Ideology in Spain: Fear, Segregation, and Contempt for Politics

Abstract. This paper addresses the introduction of fascism in Spain through the Spanish Falange movement —around the thirties of the twentieth century, just right until the beginning of Spanish civil war—, and the mechanisms and strategies that the first fascists, with an ideology still poorly defined but clearly inspired by Mussolini, put into practice in the discourses to present themselves to society, and, above all, to generate a group conscience to defeat the other political options considered as enemies of the country, and responsible for all the evil that Spain was going through. In this process of contacting society, fascism supporters, Falangists in the Spanish case, implemented strategies to impose on the people their idea of State, to create a group conscience, and to disconnect from other political options. To achieve this, they used lies, fear, segregation, and a resounding disregard for their time politics, which they considered out of date, in comparison to their proposal.

Keywords: Spain; fascism; politics; polarization; fear.

Índice. 1. Años 30 del siglo XX, los primeros pasos del fascismo en España: nuevos símbolos. 2. El periódico *El fascio* (1933): la ofensiva de una nueva generación. 3. Generar una identidad de grupo: ¿Quiénes somos “nosotros” frente a “ellos”? 4. La concepción de la política desde la óptica fascista. 5. Conclusiones. Referencias bibliográficas.

¹ Universidad de Salamanca (España). Correo electrónico: miguel.soler@usal.es

Cómo citar: Soler Gallo, M. (2019). Estrategias persuasivas durante la irrupción de la ideología fascista en España: miedo, segregación y desprecio por la política. En T. Fernández-Ulloa (Ed.) *The Rhetoric of Persuasion. Talking to Our Emotions. Círculo de Lingüística Aplicada a la Comunicación* 80, 91-114, <https://dx.doi.org/10.5209/clac.66602>.

1. Años 30 del siglo XX, los primeros pasos del fascismo en España

La aproximación a las corrientes fascistas en España surge de forma clara en los años treinta del pasado siglo, concretamente, por medio de dos organizaciones de carácter político: las Juntas Ofensivas Nacional Sindicalistas (JONS), de Ramiro Ledesma Ramos, y las Juntas de Actuación Hispánica (JAH), de Onésimo Redondo, las cuales terminaron siendo absorbidas por las primeras. Además de estar integradas por trabajadores, estudiantes, campesinos e intelectuales, su ideario se basaba en la defensa de un sindicalismo revolucionario, un exacerbado amor por España y un fuerte apego a la doctrina católica. Las JONS se agrupaban en torno al semanario *La conquista del Estado*, y, de acuerdo con el pensamiento de su cabecilla, los integrantes seguían fielmente las teorías mussolinianas. Por su parte, las JAH tenían un carácter eminentemente agrario y anhelaban una insurrección nacional contra el gobierno de la II República, pero no para reimplantar la monarquía, sino para realizar una conquista del Estado de corte corporativista. Ambos sectores, anticapitalistas y anticomunistas, constituían, ya fusionados, el primer embrión del fascismo español.

De otro lado, el 29 de octubre de 1933, se celebró en el Teatro de la Comedia de Madrid un acontecimiento de especial trascendencia denominado “Acto de Afirmación Española”, que pasó a ser considerado por la historiografía como el mitin fundacional de Falange Española, que lideraba José Antonio Primo de Rivera. Las siglas del movimiento, “FE”, tenían una evidente connotación religiosa, que comunicaba claramente lo que iba a traer su irrupción en el panorama político. La afinidad ideológica existente entre jonsistas y falangistas motivó su fusión el 15 de febrero de 1934, naciendo así la Falange Española de las Juntas Ofensivas Nacional Sindicalistas (FE de las JONS). Al poco tiempo, Ramiro Ledesma se distanció de Primo de Rivera, no así Onésimo Redondo, que permaneció junto a él pese a que las JONS fuese, a partir de la fusión, nada más que la Falange.

Las tres organizaciones apostaban por un nuevo modelo de Estado que solventara el clima de desazón y pesimismo que se respiraba en la sociedad, y que tenía su principal causa en la guerra contra Estados Unidos y la consiguiente pérdida de las últimas posesiones españolas de Ultramar: Cuba, Filipinas y Puerto Rico. España había dejado de ser un Imperio, esto es, su influencia en el mundo ya no existía. A este episodio le sucedieron otros que, igualmente, conllevaron consecuencias más o menos negativas para el país: la crisis del 14, la Campaña de Marruecos del 21 y el desastre de Annual, y, sobre todo, la caída de la Monarquía de Alfonso XIII y la proclamación de la II República y, con ella, la propagación de los principios ideológicos del marxismo, concebido como un sistema político de signo antioccidental, alejado de la esencia verdadera del espíritu español por su marcado sentido anticristiano. Si el llamado “Desastre del 98” suponía una descomposición externa del Imperio español, la República, para los falangistas, significaba la fragmentación interna; ya nada quedaría erguido, y era la existencia misma de

España la que requería una urgente intervención, a fin de rescatar al país del precipicio al que se veía abocado.

En este trabajo partimos de las estrategias que los simpatizantes del fascismo utilizaron para presentar su idea de España y de cómo debía actuar la ciudadanía para agruparse en torno a “ellos” y rechazar las otras opciones políticas existentes, convencidos de que significaban la verdad absoluta, el único camino para conducir al país a un sendero imperial, anclado en las gestas de la Historia y en su sentido espiritual. Para ello, el período de estudio acotado va de 1933 a 1936. En las siguientes páginas se verán ejemplos, muchos de los cuales tienen como procedencia la voz y la pluma de José Antonio Primo de Rivera, quien se convertirá en uno de los principales defensores de este modelo ideológico, que recogió mucho del fascismo italiano mezclado con rasgos de la tradición hispánica. Resultan de interés textos como, por ejemplo, los extraídos de los periódicos *El fascio*, *F. E.*, *Arriba*, *Haz*, muchos desconocidos y que constituyen fuentes documentales de extraordinario valor histórico, pues fueron los canales de difusión de la propaganda fascista en España, y de la propia Falange, o también aquellos sacados de varios discursos de Primo de Rivera. De todas las fuentes utilizadas aquí, *El fascio* tiene mayor preponderancia, por ser el primer intento de publicación netamente fascista en España, en lo que se refiere a los símbolos aparecidos en ella y al contenido de sus escritos, y el medio desde el cual se originó la conciencia generacional del grupo que entendió que había llegado la hora de dar el paso a la acción, de distanciarse de las generaciones precedentes para construir el amanecer de la “Nueva España”.

Nuestro propósito es mostrar los mecanismos empleados para hacer de la ciudadanía una masa sin conciencia crítica o valorativa, fiel por devoción a las tesis que defiende una élite que termina por aislarla de otras vías de interpretación de la realidad, todas falsas y perniciosas, de ahí el anhelo de agruparse en un “nosotros” frente a “ellos”. La agrupación en ese “nosotros” se consigue por medio de recursos como el miedo, la manipulación, las aseveraciones lapidarias, la ironía, el sarcasmo dirigido al enemigo y el descrédito hacia lo que se venía entendiendo como *política*, un concepto que, para estos doctrinarios y filofascistas, había quedado caduco.

Las investigaciones centradas en la aparición del fascismo en España, entre las que pueden citarse los estudios de Saz Campos (2003 y 2004), Gallego Margalef y Morente Valero (2005), Mainer (2013) o Gallego Margaleff (2014), concluyen que el primer testimonio de esta naturaleza procede de Ernesto Giménez Caballero, considerado el ideólogo del fascismo español. Se trata de la traducción que efectuó al castellano en 1929 de la obra de Curzio Malaparte *L'Italia contra l'Europa*, para la que escogió el unamunesco título de *En torno al casticismo de Italia*. Sin embargo, las primeras ideas fueron difundidas con motivo de una carta que recibió, cuando se encontraba corrigiendo las últimas pruebas de imprenta, desde Göteborg de un joven español, estudiante de letras e imbuido de la cultura germana e italiana, en la que reconocía estar atravesando una etapa de “españolización y de rechazo de lo que no era considerado español”, y, al mismo tiempo, solicitaba “llamar la atención de la gente hacia Italia”. Además, este joven proponía difundir en las páginas de *La Gaceta Literaria*, que dirigía Giménez Caballero, una traducción por fascículos del libro de Malaparte, sin saber que el receptor de su misiva ya se encontraba trabajando en este proyecto. La carta fue publicada en el periódico *La Gaceta Literaria*

(número. 52, 15-2-1929, pp. 1 y 5) e igualmente su contestación, que Giménez Caballero tituló “Carta a un compañero de la joven España”, la cual reutilizó como prólogo a su traducción y que denominó “Un futuro Manifiesto de una hipotética nueva realidad política”. En efecto, las palabras que empleó en su respuesta sientan las bases de la ideología fascista en España. En primer lugar, atribuía los males que estaban produciéndose tanto en el país como en otros del entorno europeo a la influencia nefasta de Rusia, país al que se le atribuía la pretensión de imponer un sentido anticristiano en las sociedades. En segundo lugar, aunque mostraba interés en propagar la obra de Malaparte, no pretendía que España imitase a Italia en su lucha contra el marxismo, a todo lo más, que sirviera de referente a la hora de erigir su movimiento fascista. En opinión de Giménez Caballero, España tenía que mirarse a sí misma para dar lugar a su postura de reacción. Si Italia representaba el fascismo, Roma era la ciudad modelo y Malaparte el ejemplo de intelectual comprometido con esta causa, España era el “hacismo”, Castilla era el símbolo y Unamuno, al igual que la mayoría de los autores de la Generación del 98, el instructor. Como indica García Santos, no solo Italia con centro en Roma representaba el fascismo, también Alemania con centro en Berlín, por lo que la oposición “Berlín / Moscú o Roma / Moscú valía tanto como fascismo / comunismo” (1980: 113). Las referencias a estos espacios encerraban un sentido importante para generar tensión entre los bandos opuestos, al mismo tiempo que conferían sentido de unidad a los vinculados en uno y otro lado. No se trataba más que de un recurso que polarizaba el discurso, ya que la alusión de estos espacios comunicaba, en pocas palabras, valores e ideas; por lo tanto, era ideal para condensar el mensaje. El hacismo alude al haz de flechas de los Reyes Católicos, símbolos de unidad territorial, administrativa y religiosa. En este caso, para los adeptos de la ideología emergente y para los que contemplaban el fenómeno, este símbolo constituía el primer mecanismo de identidad colectiva propiamente español y con el que quedaban identificados:

O sea, nuestro siglo XV, el emblema de nuestros católicos y españoles reyes, la reunión de todos nuestros haces hispánicos, sin mezclas de Austrias ni Borbones, de Alemanias, Inglaterras, ni Francias; con Cortes, pero sin parlamentarismos, con libertades, pero sin liberalismos; con santas hermandades, pero sin sometimientos (Giménez Caballero, 1929: 1)

En este párrafo aparecen descritos varios de los motivos que adoptará la Falange: la mitificación de los reyes Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, y lo que representó su unión matrimonial para España; el rechazo del término *parlamentarismo* y el particular sentido que se le concede al de *libertad*. En el período republicano la palabra *libertad* tenía sentido positivo, asociado a la democracia y a lo que conllevaba de adquisición de derechos por parte de los ciudadanos; por consiguiente, se contraponía a *tiranía*, *despotismo*, *dictadura* o *monarquía*, que, en la época, poseían el sentido de sometimiento del pueblo, como cualquier otro régimen que coartara la voluntad para decidir o actuar de las personas. El fascismo reconocía la libertad del individuo, pero en el sentido de que este era portador de valores eternos (una herencia que recogía valores de la tradición católica, en el caso concreto español, e imperial). Es decir, los individuos eran libres en cuanto que eran todos “iguales” por ser hijos de la Historia; esa libertad quedaba condicionada a ser custodios de ese pasado y dejarlo a las

generaciones futuras. Para el caso español, por lo tanto, José Antonio Primo de Rivera reconocía que la libertad de los individuos estaba sujeta al fin que, por el hecho de ser españoles, tenían encomendado con una Historia común de heroicidad y de espiritualidad misionera. Igualmente, la libertad era susceptible de perderse y, para argumentarlo, se remontaba al hombre de la antigüedad que vivía libre al no existir trabas que limitaran su espacio: era él y nada más. El problema surgió, en su opinión, cuando se instauró el sistema de normas, es decir, a partir del Estado liberal, el cual le supuso al individuo tener que decantarse por un camino, según fuese de ideología de izquierda o de derecha; de rebelarse, podía terminar siendo excluido del sistema. Esto, para Primo de Rivera, era sometimiento, no libertad. Nadie, en su opinión, podía sentir que poseía una personalidad contradictoria en un Estado como el propuesto por la Falange, entre lo que era el individuo en la vida privada y lo que se le exigía en la vida pública, en su compromiso con España. El Estado liberal, si concedía libertad al ciudadano, lo hacía solo al que tenía posibles, o sea, al que tenía capacidad económica, y que podía seguir teniendo una vida más o menos cómoda y placentera, independientemente del resultado de unas elecciones; el resto de las personas no podían más que acatar:

El *liberalismo* es la burla de los *infortunados*: declara maravillosos derechos: la libertad de pensamiento, la libertad de propaganda, la libertad de trabajo... Pero esos derechos son meros *lujos* para los favorecidos por la fortuna. A los pobres, en régimen liberal, no se les hará trabajar a palos, pero se les sitia por hambre (Luz nueva en España. 1976 [1934]: 367).

La ley se convierte, para este pensamiento, en un elemento que subyuga. La soberanía nacional y el sufragio son instrumentos en manos del despotismo democrático, al que se equipara con el despotismo de los reyes, de manera que existe un rechazo absoluto a la *política* tal y como se entendía, como se verá más adelante. El hombre debía intervenir en el Estado como cumplidor de una función, o, mejor dicho, de una *misión*. En un Estado totalitario, la masa social convivirá en *fraternidad*, bajo las directrices de un *caudillo*.

En el asentamiento de la ideología fascista en España, otra publicación, *Gracia y Justicia*, ofrecía el 11 de marzo de 1933 las siguientes impresiones de evidente cariz fascista:

El país en pie. Alzar el brazo, con ademán de salud cordial, de aclamación entusiasta y de amenaza varonil. Alce el *vigoroso* brazo el varón; el *bello* brazo la mujer; el *trémulo* brazo el viejo; el *rosado* bracito el niño. Y alce su zarpa el *león* de *España*. El marxismo es una *lepra* (Cfr. Gibson, 2008: 45).

De la cita cabe comentar, primero, la alusión al saludo fascista que se quiere imponer en la sociedad española, segundo, la preponderancia del varón como pieza principal para iniciar el camino de la reconversión, y, tercero, el calificativo otorgado a la ideología marxista, *lepra*, es decir, enfermedad infecciosa que, aplicada la metáfora al ambiente político de entonces, puede llegar a contagiar a todo el que entra en contacto con ella y terminar propagándose hasta provocar la muerte de España, de su unidad territorial. Si bien, para detener su avance, se construye otra metáfora, la de España identificada con el *león*, símbolo de heroicidad y fuerza suprema. El fascismo es, por consiguiente, un antídoto contra cualquier mal.

2. El periódico *El fascio* (1933): la ofensiva de una nueva generación

La aparición de *El fascio*, el 16 de marzo de 1933, significó un punto de inflexión en la introducción de las teorías fascistas en España, a pesar de que fue secuestrado al día siguiente de su salida por el gobierno republicano (solo tuvo este número). El periódico contenía dieciséis páginas y llevaba como subtítulo “haz hispano”. Había surgido al mes y medio de arrebatar Hitler el poder a la socialdemocracia en Alemania, y su principal objetivo era divulgar doctrina y unir en la acción a los falangistas y jonsistas. Además, se solicitaba a los españoles que se unieran en torno a este sistema de pensamiento para acabar con los enemigos de España, que no eran otros que el comunismo y la masonería. Así, se hacían constantes muestras de rechazo y mofa del liberalismo y de la democracia.

Fue dirigido por Manuel Delgado Barreto, director del periódico *La nación*, que había sido portavoz oficioso de la dictadura del general Miguel Primo de Rivera. A través de *El fascio*, en cuya redacción había participado José Antonio Primo de Rivera, los lectores pudieron observar cómo el emblema del yugo y las flechas, de los Reyes Católicos, quedaba vinculado a una publicación fascista, aunque las pioneras en emplearlo fueran las JONS.

En un breve texto, publicado en *El fascio*, “El emblema de las JONS” (firmado por J. A., ¿quizá José Antonio Primo de Rivera?), se explicaba el significado simbólico que para esta organización tenía el yugo y las flechas:

El yugo es la yunta; la *junta*, las Juntas de nosotros, nuestra propicia coyuntura histórica. Las flechas hienden las mañanas de España. Hienden. Ofenden. Son la ofensiva de una *raza*, de una *juventud* que pretende imponerse ahora. El yugo camina delante del arado. Es la agricultura *nacional*. El campo *nacional*. La vida *nacional*. Cada manojo de saetas es una gavilla de corazones, una *hermandad*, un gremio, un Sindicato. Las flechas son de hierro, de acero, de la carne *española* eterna. Aguzadas, forjadas con el fuego antiguo por sindicalistas nacionales. El yugo y las flechas son también la *cruz*; forman una *cruz*. Para sus cruzados, toda gran empresa ha sido una cruz en la encrucijada de los tiempos. Si el yugo pesa, apesadumbra a alguien. Las flechas aligeran, alegrarán nuestra buena ventura española. Aunque cerca del yugo está siempre el estímulo. Los campesinos que hablaban latín estimulaban a sus bueyes –junto a la cerviz– con una punta de saeta en la extremidad de un palo. Nuestro escudo huele a garrote, y a fragua, y a pan, y a vino, y a sal, y a eternidad. El equilibrio duradero entre un *pasado* horizontal –el uvio– y la *ascensión* vertical, celestial, de un futuro: las flechas. Habrá que *reconquistar* nuestra *patria* a flechazos, a golpes de cariño. Amorosamente. Duramente. Como se conquista a la *mujer* que parirá a nuestros *herederos* (*El fascio*, 16 de marzo de 1933, 1, 14).

De la definición destaca, primero, la intensidad con la que se quiere vincular al hombre con España; segundo, la idea de la juventud como el sector de la sociedad que debe encarar la lucha hacia la consecución del nuevo Estado, y, por último, la alusión final a la mujer como procreadora de los hombres del porvenir, de la generación que asentará la ideología fascista. Esta idea de la mujer como “templo de la raza”, será recogida también por la Falange, a través de la Sección Femenina, creada en junio de 1934, aunque sus Estatutos fueron aprobados en diciembre de ese año.

El fascio hizo mención directa a la mujer en otro texto: “Un factor importante: La mujer en el fascismo”, que resulta fundamental para conocer las primeras directrices para el sexo femenino. Se compone de dos partes: una primera en la que el autor (anónimo) se dirige a los simpatizantes del fascismo español, con la idea de hacerles saber los beneficios que la participación de la mujer podía aportar al desarrollo de esta ideología en España; y una segunda, en la que la mujer es directamente la destinataria. El propósito es convencer al público femenino de que la mirada con la que el fascismo concibe la realidad es la más adecuada para su sexo, pues está cimentada en la tradición. En lo que respecta a la primera parte, resulta interesante destacar el siguiente fragmento:

No lo olviden los organizadores del movimiento, porque aparte de la gran *misión* que el fascismo ha de asegurar a la mujer, como *educadora* de los hombres sanos del mañana, como inteligente *colaboradora* en las grandes empresas, como *alentadora* de todo lo noble y lo bueno, puede ser ahora la gran *propagandista* de las excelencias de un nuevo orden de cosas que hará buena la vida, santificándola en el trabajo, en el común esfuerzo, no solo para salvar la patria, sino para engrandecerla (*El fascio*, 16 de marzo de 1933, 1, 11).

Según estas palabras, la mujer es buena aliada para el fascismo por tres razones: en primer lugar, como transmisora de valores, una función que se vinculaba al ejercicio de la maternidad; en segundo lugar, como colaboradora e instigadora en la toma de decisiones, porque el cultivo de la inteligencia, en principio, no es repudiado por el fascismo para la población femenina, y, por último, como promotora de propaganda en la misión de salvaguardar los intereses de la patria. Por tanto, aunque se la sitúe en una parcela secundaria de actuación, puesto que está condicionada a las decisiones tomadas por el hombre, excepto en la parcela de la maternidad, que le pertenece por designio natural, se aboga por que su presencia en el ambiente político sea visible. En la cita, además, aparece por primera vez el término *misión*, que tendría un valor social y político, en cuanto a que la aportación de la mujer como esposa y madre es elemental en la construcción de un Estado totalitario.

Respecto a la segunda parte, aparece esta llamada entusiasta a las “mujeres españolas”:

¡Mujeres españolas! Volved la vista años atrás; contemplad también el momento presente y comprenderéis que ni con la política de entonces ni con la de ahora tendrán paz vuestros hogares, ni felicidad vuestros hijos, ni vigor la raza, ni calor de humanidad la convivencia entre los hombres (*Ibíd.*).

En ella se aprecian dos características del lenguaje fascista utilizado, en este caso, para adoctrinar a la mujer: de un lado, el uso del vocativo –“¡Mujeres españolas!”– aproxima la voz del emisor al destinatario femenino, independientemente de la edad. La mujer, desde el punto de vista del fascismo, es entendida como masa, factible de ser manipulada por el clima afectivo creado con el empleo de la segunda persona del plural; es una especie de voz confidente para las mujeres, que les advierte de que solo acercándose a la ideología fascista podrán desenvolverse debidamente en las labores domésticas y maternas, que son las que deben preocuparles y a las que están acostumbradas. El hogar va pasando a convertirse en la gran hazaña cultural del sexo femenino, en un espacio simbólico de actuación desde donde ejercer su influencia en

la construcción de un nuevo Estado por medio de la transmisión de los principios ideológicos a la descendencia. Aunque, en efecto, el escrito pretendiese abarcar a todo el colectivo femenino, el hecho de incluir el término *españolas* añade a la expresión el sentido de la apropiación que el fascismo efectúa de lo que denota ser “español”, es decir, lo auténtico, la vinculación del ser con su pasado histórico para entrar en conexión armoniosa con su *destino* y poder avanzar hacia el futuro; lo contrario, lo que representa lo “antiespañol”, es sinónimo de *orfandad*, de *carencia* de misión histórica. Queda evidenciado, pues, que la intención que se persigue con este artículo es aproximar a las mujeres a la causa fascista. Y para cumplir con este objetivo, las últimas palabras resultan claves:

Levantad también vuestros brazos al cielo, como una férvida oración patriótica, exclamando: ¡Queremos otra España, nuestra España! Y contribuid a forjarla educando héroes, mártires, sabios, santos... ¡patriotas! (*Ibid.*)

El uso del adverbio “también”, sin que se haya aludido con anterioridad a ningún otro colectivo –salvo a los organizadores del movimiento fascista–, incide en el anhelo de hacer partícipe a la mujer del ritual fascista. El “vosotros” pasa ahora a “nosotros” cuando dicen que quieren elaborar un nuevo concepto de *España* para “ellos”, autoproclamados como “verdaderos españoles”; porque el fascismo no es más que la herramienta para reconducir el destino de España, de ahí el empleo del pronombre posesivo de primera persona del plural “nuestra España”, para remarcar que es su idea de *España* y no otra, la que debe prevalecer.

La mujer, por último, en el papel encomendado de educadora, tendrá una responsabilidad absoluta porque, de los valores que inculque, no emergerá un solo hombre, sino los distintos hombres que esa “Nueva España” necesita, y que se enumeran en la cita: *héroes* (salvadores de España); *mártires-caídos* (por Dios y por España, que dejan, con su sangre, impregnada la tierra que será el suelo del futuro); *sabios* (aquellos que, con su amor a España, sembrarán por medio de sus reflexiones y pensamientos el patriotismo en el interior de las nuevas generaciones); *santos* (necesarios para orar ante Dios con el objeto de que suelde nuevamente el camino de España con su pasado y trace la senda católica de su futuro). Todos ellos serán *patriotas*, término con el que finaliza el texto y que tiene la función de dar unidad al hombre en torno al sentimiento amoroso que debe despertarle la patria. El hecho de que *El fascio* reservase un espacio para referirse a las mujeres, denota que existía la inquietud sobre cómo aglutinarlas y educarlas ante la amenaza de que pudiesen ser absorbidas por otras opciones políticas, todas insidiosas, y, por tanto, ser corrompidas.

A la hora de querer imponer los ideales fascistas en España, *El fascio* no escatimaba en el uso de la violencia para su consecución. Y así se observaba en el lenguaje utilizado, ya que se hacía recurrente la utilización de una imagería imperial y una predisposición a la acción que hacía penetrar al receptor en un ambiente de tensión bélica. En su “Manifiesto editorial” se hacía constar:

Hemos querido dejar por el primer momento este nombre que, aun siendo extranjero en sus orígenes, hoy se ha universalizado y constituye un punto de referencia internacional. Al fin y al cabo, el *fascio* es el haz de vergas con el hacha lictoria, de que se servía Roma para ir fundando y consolidando su *Pax romana*, el *orbis romanus*, la primera Europa unida y civilizada de nuestra historia. [...]

Nosotros aspiramos desde esta revista a informar a nuestro pueblo, a propagar a nuestro pueblo lo que el *fascio* es como doctrina, como política, como acción y como salvación del mundo. Y, sobre todo, como *salvación* de España frente a todos los peligros disolventes que *amenazan aplastarla* (*El fascio*, 16 de marzo de 1933, 1, 1).

El infundio y la transmisión del terror fueron recursos empleados por los movimientos fascistas en general, y de los que mejor resultado dieron en la captación de adeptos, a la vez que establecían la contrarréplica por medio de un lenguaje particularmente agresivo (Winckler, 1979: 85). La intención de alertar del peligro del enemigo resulta un mecanismo eficaz que influye decisivamente en la voluntad de quien se siente alarmado, ya que se advierte de que el peligro proviene de aquellos que no representan la esencia de España. Los escasos elogios que aparecen en *El fascio* son dedicados a relatar la llegada al poder de Hitler y de Mussolini y señalar cómo, gracias a su manera de ejercer el poder, sus países han quedado liberados de cualquier amenaza. En una de las páginas, pueden observarse las fotografías de ambos dirigentes fascistas y un recuadro vacío en el que tendría que figurar la del caudillo español, inexistente hasta ese momento. Existe tras ello un mensaje mucho más profundo de lo que aparentemente puede deducirse. Y es que, aunque en un plano superficial esté la urgencia de buscar el líder español, subyace la aspiración de Imperio, es decir, las tres naciones, desde esta óptica, han contribuido con el paso de los siglos a la formación de una Europa de esencia tradicional. En el momento en el que surge *El fascio*, Alemania e Italia han reconducido sus destinos. Como señala Saz Campos: “el Reich alemán era el tercero, y la Italia fascista, la cuarta Roma” (2003: 267). La coyuntura política originada por la guerra europea allanaba el terreno para que se llevara a cabo este anhelo, y España, que también tenía su pasado imperial y su predominio en la Historia universal, no podía perder esta posibilidad (fig. 1).



Fig.1 En *El fascio*, por medio de esta ilustración, se preguntaban quién sería el dirigente fascista español, pues Italia ya lo tenía con Benito Mussolini y Alemania con Adolf Hitler (*El fascio*, 16 de marzo de 1933, 1, 4).

Con la utilización del lenguaje para injuriar al enemigo y demonizar sus acciones se conseguía remachar el carácter de revolución de masas al que el fascismo pretendía llegar para denigrar el liberalismo y la democracia parlamentaria. Asimismo, con la misma intención, las palabras sirven para acompañar viñetas creadas para ridiculizar al

adversario, como se observa en dos de los casos más significativos que aparecen en *El fascio*. En el primero de ellos, se ilustra el mapa de Italia junto al lema “Fascismo” y, al lado, una esfera –que simula ser un balón de fútbol– en la que se refleja la palabra “Marxismo”. Aunque el mensaje que se quiere transmitir no da pie a confusión, debajo de la viñeta hay una leyenda que dice: “Para arrojar lejos de España esa bola, solo nos estaba haciendo falta Italia, que tiene la figura de una bota de montar” (fig. 2). En el segundo caso, se recurre nuevamente al símbolo de la figura del león, representado con la boca abierta, evocando el instante en el que emite su rugido, y un lema: “Antimarxismo”. El león, en clara posición de ataque, se aproxima a una hormiga, que evoca al marxismo (“intereses creados”), con intención de devorarla. La moraleja que se extrae es la siguiente: “El León: El fascismo a cada uno le dará lo suyo. El marxista: Pues eso es lo que temo que me dé de lo mío. Si yo pudiera ponerme fuera de su alcance” (fig. 3).

Ambas viñetas ridiculizan al enemigo y avivan el espíritu de lucha en los partidarios fascistas para derrotarlo. Por el contrario, cuando se trata de ensalzar las virtudes del fascismo, las viñetas se originan en torno a consignas que transmiten *estabilidad* y *seguridad* para la nación. Una de las más llamativas, dice: “Mientras el comunista destruye, el fascista construye humanidad, legalidad, justicia y trabajo” (fig. 4). *Destruir* y *construir*, dos verbos que revelan realidades opuestas y que, para los fascistas, simbolizan las dos principales ideologías de la España de los años treinta: la fascista y la marxista. Evidentemente, la parte positiva siempre va de la mano del fascismo, no solo porque defienden los ideales tradicionales de España, sino porque, frente a los malos, dicen ser los buenos; frente a los invasores, los salvadores. El mensaje persuasivo es rotundo: si quieres defender una causa justa que salve a España y, por ende, salvaguarde tus intereses y los de tu familia, debes unirse al fascismo; de lo contrario, encontrarás la perdición.

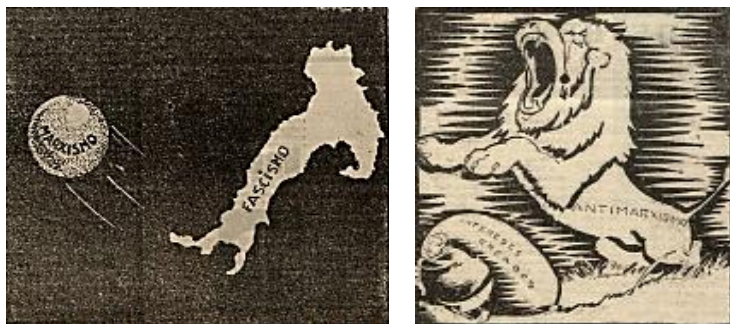


Fig. 2. La imagen icónica de la “bota” de Italia es utilizada para demostrar la fuerza sobre el enemigo que acaba vencido y expulsado: el marxismo en forma de pelota (*El fascio*, 16 de marzo de 1933, 1, 5).

Fig. 3. Con el sentido de ridiculizar al adversario, el león se lanza sobre él. El león, símbolo de heroicidad, lleva el lema “Antimarxismo” (*El fascio*, 16 de marzo de 1933, 1, 10).



Fig. 4. Para *El fascio*, el fascismo trabaja para implantar la justicia y dar trabajo a todos los individuos (*El fascio*, 16 de marzo de 1933, 1, 8).

La relevancia que *El fascio* tuvo como vehículo de transmisión de los principios fascista en España es innegable, puesto que, aparte de lo comentado, a través de sus páginas, José Antonio Primo de Rivera explicó, de forma extensa, su pensamiento. En este sentido, cabe mencionar el artículo titulado “Orientaciones. Hacia un nuevo Estado” (aparecía firmado con la inicial E, del nombre de su marquesado: marqués de Estella). Es cierto que en él no se menciona la palabra *fascismo*, pero el afán por querer acabar con el Estado liberal y el parlamentarismo, y el hecho de que señale, ya desde el título, que el objetivo es construir un nuevo Estado, hace pensar de forma inequívoca que su base está en la ideología fascista. Su contenido es similar al discurso que, siete meses después, pronunció en el Teatro de la Comedia de Madrid. Algunas de las frases que iban contra el Estado Liberal eran: “El Estado liberal no cree en nada, ni siquiera en su destino propio, ni siquiera en sí mismo”; “Para el gobernante liberal, tan lícita es la doctrina de que el Estado debe subsistir, como la de que el Estado debe ser destruido”; “La ley es la expresión de la voluntad soberana del pueblo; prácticamente, de la mayoría electoral” (p. 2). Como vemos, Primo de Rivera estaba haciendo un uso del lenguaje con el único objetivo de criticar al enemigo: crítica al parlamento, a las instituciones democráticas y a la democracia misma. Con ello, resaltaba la ineficacia del régimen parlamentario y del sistema de sufragio sobre el que se asentaba, y que era elemental para preservar, o no (pues podría hacer peligrar la unidad de España), conceptos, ideales y símbolos que, según su forma de pensar, debían ser impercederos en un Estado y no estar sujetos a la voluntad colectiva.

En el pensamiento fascista, el modelo de Estado liberal condena a la ciudadanía, como ya se ha apuntado, debido a que esta se muestra fiel a los principios políticos que sus representantes defienden. Por consiguiente, a diferencia del fascismo, no contempla esa misión común que, para Primo de Rivera, siempre debía ser preservar la *unidad* de España.

3. Generar una identidad de grupo: ¿Quiénes somos “nosotros” frente a “ellos”?

En aquellos convulsos años treinta del pasado siglo, la prensa comenzaba a generar opinión en torno al asunto del fascismo. En este sentido, Juan Ignacio Luca de Tena, publicó en *ABC*, periódico que dirigía, un día después de la suspensión de *El fascio*, un artículo titulado “Ambiente de violencia”, en el que afirmaba:

Todo régimen antiliberal es contra naturaleza [...] toda política, toda organización y todo régimen que atente a la dignidad humana y que niegue como niega el fascismo en todas sus manifestaciones y traducciones los derechos individuales, imprescriptibles, anteriores y superiores a toda legislación (p. 17).

El escrito provocó que José Antonio Primo de Rivera remitiera dos cartas al periódico, publicadas el 22 y 23 de marzo, con el objeto de puntualizar determinados aspectos que, en su opinión, no habían sido tratados correctamente en el escrito de Luca de Tena. En la primera de ellas, aclaraba que el sustento del fascismo es el principio de *unidad del Estado*. Frente al marxismo, que defiende como dogma la lucha de clases, y al liberalismo, que exige como mecánica la lucha de partidos, el fascismo “sostiene que hay algo sobre los partidos y sobre las clases, algo de naturaleza permanente, trascendente, suprema: la unidad histórica llamada Patria” (Carta de Primo de Rivera a Ignacio Luca de Tena sobre el fascismo, primera, *ABC*, 22 de marzo de 1933, 17). En la segunda, recalca la idea de *servicio del hombre* hacia el *Estado*, ya que “solo se alcanza la dignidad humana cuando se sirve” (Carta de Primo de Rivera a Ignacio Luca de Tena sobre el fascismo, segunda, *ABC*, 23 de marzo de 1933, 19). Lógicamente, se trata de un *servicio* en apoyo a una *empresa común*, a un *destino histórico*. Por otro lado, en una entrevista realizada para la revista *Ahora*, Primo de Rivera hacía referencia a lo que podía suponer el fascismo para aquellos que no fueran partidarios de defender los grandes ideales nacionalistas o para quienes no los sintieran, por ejemplo, el hombre sencillo del pueblo, para el que también consideraba útil la ideología, ya que podría sentirse representado en la idea de justicia social que parecía propagar:

Para el que no sea asequible el gran ideal nacional, queda el motor del ideal social. Indudablemente, el contenido próximo del movimiento está en la justicia social, en una elevación del tipo de vida. El fascismo aspira a la *grandeza nacional*; pero uno de los escalones de esta grandeza es el mejoramiento material del pueblo. Lo social es una aspiración interesante aun para mentalidades elementales; pero, además, lo nacional es asequible a mucha más gente de lo que se cree. Todo socialista español lleva dentro un nacionalista (Primo de Rivera, 1976 [1934]: 306).

Ya en el citado artículo de *El fascio* manifestaba que el capitalismo no hacía más que acentuar las diferencias de clases y oprimir al obrero, puesto que este “se ve obligado a aceptar por la fuerza unas condiciones de trabajo que, aunque injustas, son las únicas posibles”, por lo que se encontraría a expensas del deseo del explotador:

Obrero, lo que tú necesitas es que no te falte el trabajo bien remunerado, ni te sean regateadas las consideraciones sociales que mereces, ni halles entorpecimientos para adquirir una cultura que mejore tu posición. Eso lo conseguirás solo dentro del Estado fascista. Ayuda a conseguirlo (p. 1).

Tampoco el socialismo servía, pues, aunque se alzase contra la economía capitalista liberal, no propugnó más solución que la tiranía para el obrero: la dictadura del proletariado después del triunfo en la lucha de clases. En la cita se observa el interés que poseía José Antonio Primo de Rivera en erradicar la lucha de clases, necesaria para erigir un Estado totalitario, de todos, en el que no existiera una clase poderosa sobre la proletaria, y en el que el Hombre, como ser de un tiempo y espacio concreto, receptor y transmisor de una herencia común, ejerciera únicamente de “servidor” en esa “misión histórica” que España tiene encomendada con el orbe.

En este recorrido sobre la incursión del fascismo en España, hay que indicar que, seis días antes del acto del teatro de la Comedia, Primo de Rivera transmitió en el diario *La Nación* las impresiones que le había producido un viaje a Roma que emprendió para apreciar, de primera mano, las peculiaridades del régimen mussoliniano. Además, pudo entrevistarse, durante treinta minutos, con Benito Mussolini en su despacho del Palacio de Venecia. Sus palabras ayudan a conocer la fascinación que le causaba el fascismo: “El fascismo no es solo un movimiento italiano, es *total, universal sentido de la vida*” (1976 [1933]: 180). Esta definición tenía un claro destinatario: José María Gil-Robles, quien, al parecer, había interpretado el fascismo como una mera “moda extranjera”. El inminente dirigente de la Falange aprovechaba para comentar lo beneficioso que sería para España estar gobernada por un movimiento de tales características: Estado, como instrumento al *servicio* de una *misión histórica*; visión del trabajo y el capital como piezas integrantes del empeño nacional de la producción; voluntad de *disciplina* y de *imperio*; superación de las discordias de los partidos en favor de la *unidad*. En su opinión, nada negativo podía llevar aparejado una ideología defendida por hombres a los que les movía un profundo amor por la patria y por sus tradiciones.

Al instituirse Falange Española, surgió la necesidad de explicar a la sociedad quiénes eran los que conformaban la organización y quiénes no. En el periódico *F. E.*, que pasó a ser el órgano oficial de expresión de este movimiento, también dirigido por José Antonio Primo de Rivera, se publicó un artículo esclarecedor titulado “¿Quiénes son los nuestros?” (*F. E.*, 12 de julio de 1934, 14, 3), cuyo contenido reflejamos en dos columnas en las que se aprecian las características del grupo falangista, “nosotros”, y los enemigos, “ellos”:

NOSOTROS	ELLOS
Trabajadores	Infecundos
Españoles	Traidores
Patriotas	Antipatriotas
Nacionales	Marxistas
Sindicalistas	Materialistas
Jóvenes	Ineptos
Revolucionarios	Cobardes
Ansiosos	Descastados
Inmortales	Mortales

La división entre buenos y malos se denomina “polarización” en el discurso político-ideológico. Según las teorías sobre el discurso político de van Dijk (1996: 32-33), el grupo “autoglorificado” realiza descripciones positivas de sí mismo y asocia a su modo de actuar todo lo que se identifica como “bueno”. En el caso del lenguaje falangista, que podría extenderse a cualquier tipo de lenguaje totalitario, no existe interés en presentar lo que “ellos” son de forma suavizada, sino directa y agresiva, con el fin de mostrar su propia fuerza combativa, su idealismo desaforado, que le conduce a exteriorizar su intolerancia y las numerosas características perjudiciales del grupo contrario. Esta acción de plasmar las diferencias entre un grupo y otro genera, en palabras de Domenach (1986), “la regla del contagio”, es decir, un paso necesario para crear una especie de frente común entre lo que se alaba y lo que se denigra. Normalmente, lo que es denigrado siempre será respaldado por una colectividad, puesto que a lo alabado se llega a través de ideas y propuestas que agradan. Este autor, después de analizar un corpus de propaganda hitleriana y comunista, establece una serie de reglas importantes para el lenguaje político-ideológico: 1. Regla de simplificación y del enemigo único. 2. Regla de la exageración y desfiguración. 3. Regla de la orquestación. 4. Regla de la transfusión. 5. Regla de la unanimidad y del contagio (1986: 159-201). En definitiva, con el lenguaje se consigue que palabras que son aparentemente sencillas parezcan especiales fuera de su contexto, “como si dijeran algo más elevado de lo que significan” (Adorno, 1971: 13).

El empeño en persuadir a la ciudadanía para que formase parte de ese “nosotros” y aplastar a los “otros” era deber de la Falange; su obligación con España. Los “otros” quedaban definidos y clasificados, más concretamente, en otro artículo titulado “Trabajadores” (*F. E.*, 12 de abril de 1934, 10, 5), un título elocuente por tratarse del grupo de la población al que más se quería embaucar y advertir de los peligros de los “enemigos”: socialistas, anarquistas, comunistas y partidos de derechas:

Socialistas	Anarquistas	Comunistas	Derechas
<i>Favorecen a los bancos y grandes empresas financieras y arruinan a los industriales y agricultores.</i>	<i>Descerebrados porque el mundo no sabe existir sin un Estado. La falta de Estado produce falta de enseñanza, de higiene, de comunicaciones.</i>	<i>Traidores porque siguen el modelo ruso, militarista, opresor, tiránico en el que cada hombre no es sino una pieza esclava de un mecanismo terrible.</i>	<i>Condescendientes con la burguesía y el capitalismo.</i>

Es evidente que lo que se pretende es sembrar inquietud y pánico en la sociedad, incluida la clase obrera, pues, como sucedía en las viñetas que hemos comentado, la Falange se ve como redentora de España y de los españoles, de las familias:

La Falange pondrá fin a los privilegios injustos; que los obreros, por medio de sus sindicatos, intervengan en la vida del Estado directamente, sin la mediación de los partidos políticos ni de los diputados con cuantiosas dietas; que los trabajadores

tengan asegurada una retribución justa aumentada en proporción del número de hijos, la vivienda sana, el retiro con todo el jornal al llegar la vejez... y muchas otras cosas que no han logrado nunca en los países capitalistas ni en los países socialistas (*Ibíd.*).

Tal y como indica Winckler (1976: 36), en el lenguaje fascista son comunes las aseveraciones lapidarias y concentradas, con las que erradicar cualquier duda sobre la viabilidad de sus propuestas. Este tipo de lenguaje, según el mismo autor, conformaría “un estilo ritualizado”, que se caracterizaría por el uso de un modo argumentativo, con expresiones tautológicas que tienen como función redundar en la misma idea, sin salirse de un único pensamiento. Por medio del reproche y de la antítesis (ellos-crítica / nosotros-propuesta) se impediría la capacidad de reflexión de la ciudadanía a la que se quiere controlar.

Instituida la Falange, todavía se encontraba José Antonio Primo de Rivera muy próximo al fascismo. En estos momentos definía al fascismo como “una inquietud europea, una manera nueva de concebir todo: la Historia, el Estado, la llegada del proletariado a la vida pública; una manera nueva de concebir todos los fenómenos de nuestra época e interpretarlos con sentido propio” (La Falange y la FUE. 1976 [1934]: 282). No obstante, existía una preocupación en él por establecer diferencias entre el nacionalsocialismo alemán y el fascismo de Mussolini. Entre otras cuestiones, no era partidario de hacer distinciones en torno a las razas, como sí hizo el nazismo, de ahí que apoyara el fascismo de impronta italiana por su carácter universal, asentado sobre las bases del catolicismo:

[El nazismo] arranca de una fe romántica, de la capacidad de adivinación de una raza. Por eso es lícito aseverar que el hitlerismo es un movimiento místico, muy consustancial con la psicología alemana. Alemania, además, no es, como cree la gente partidaria de las interpretaciones gruesas, el país de la disciplina, aunque así parezca juzgado por los signos exteriores (Conferencia pronunciada en Zaragoza. 1976 [1935]: 559).

Lo cierto es que José Antonio Primo de Rivera se vio obligado a explicar las coincidencias que su movimiento poseía con el fascismo italiano y con el nazismo alemán, y, nuevamente, subrayó el elemento de la supremacía de unas razas sobre otras, intrínseco en el nazismo, como un rasgo que parecía no abarcar el fascismo español:

Coincide con la preocupación esencial a uno y otro: la quiebra del régimen liberal capitalista y la urgencia de evitar que esta quiebra conduzca irremediablemente a la catástrofe comunista, de signo antioccidental y anticristiano. En la busca del medio para evitar esa catástrofe, Falange ha llegado a posiciones, doctrinales de viva originalidad; así, en lo nacional, concibe a España como unidad de destino, compatible con las variedades regionales, pero determinante de una política que, al tener por primer deber la conservación de esa unidad, se sobrepone a las opiniones de partidos y clases. En lo económico, Falange tiende al sindicalismo total; esto es, a que la plusvalía de la producción quede enteramente en poder del Sindicato orgánico, vertical, de productores, al que su propia fuerza económica procuraría el crédito necesario para producir, sin necesidad de alquilarlo –claro– a la Banca. Quizá estas líneas económicas tengan más parecido con el programa

alemán que con el italiano. Pero, en cambio, Falange no es ni puede ser racista (“Declaraciones de José Antonio desde la cárcel de Alicante” 1976 [1936]: 1006).

La presión social y política del momento insistía en recalcar la eminente impronta fascista de la Falange, con el objeto de despertar el recelo de la ciudadanía hacia los falangistas, por lo que las manifestaciones de estos tendían a la justificación y se preocupaban por definir su movimiento, como se aprecia en la siguiente cita de Primo de Rivera:

La Falange Española de las JONS no es un movimiento fascista, tiene con el fascismo algunas coincidencias en puntos esenciales de volar universal; pero va perfilándose cada día con caracteres peculiares y está segura de encontrar precisamente por ese camino sus posibilidades más fecundas (Nota redactada por José Antonio. 1976 [1934]: 524).

El contrataque consistía en demonizar el marxismo. Las diferencias entre una ideología y otra pueden verse en el siguiente cuadro:

MARXISMO	FASCISMO
Lucha de clases	Armonía de todos los órganos
Dictadura del proletariado	Estado corporativista
Materialismo y ateísmo	Fe y espíritu
Destruye la institución familiar	Protección de la familia
Aniquilación del concepto de patria	Engrandecimiento de la Patria
Odio, destrucción, retroceso	Compenetración, progreso, bienestar
Negación de la tradición y de la historia de los pueblos.	Recolección de las enseñanzas del pasado, adaptándolas al presente.
Desorden, anarquía, disgregación	Orden, unidad, autoridad
Rechazo de la religión	Asimilación de la norma evangélica

(Fascismo frente a marxismo, *F. E.*, 11 de enero de 1934, 2, 5).

Es palpable que, en el fascismo español, la Italia de Mussolini se hallaba en el horizonte, pero, al menos en sus intervenciones públicas, se apreciaba, a medida que el tiempo transcurría y conforme el término iba adquiriendo sentido negativo, un anhelo por parte de Primo de Rivera de desvincular su movimiento de cualquier etiqueta que lo asociase al fascismo, aunque su espíritu y sus ideales así lo estuvieran. Quizá porque quería salvaguardar la revolución que defendía para la sociedad española y sabía que, si lo hacía desde el estandarte del fascismo, escaso éxito iba a tener. Lo que entendía era que el fascismo era un movimiento que, aunque procedía de la Italia de Mussolini, tenía carácter universal, y, con esta concepción, ayudado por los teóricos de la Falange, como Ernesto Giménez Caballero, construía su propia interpretación de *fascismo*, a fin de configurar un particular modelo de la ideología para España. De modo que, cualquier argumento que equiparase a la Falange con el fascismo italiano, siempre se podrá contrargumentar con que la línea de actuación era otra, dado que, aunque fuese un referente, sus tesis estaban construidas con elementos propios de la tradición española. Así explicaba esta particularidad utilizando un símil literario:

Dejemos que nos digan que imitamos a los fascistas. Después de todo, en el fascismo como en los movimientos de todas las épocas, hay por debajo de las características locales, unas constantes, que son patrimonio de todo espíritu humano y que en todas partes son las mismas. Así fue, por ejemplo, el Renacimiento; así fue, si queréis, el endecasílabo; nos trajeron el endecasílabo de Italia, pero poco después de que nos trajeran de Italia el endecasílabo cantaban los campos de España, en endecasílabo castellano, Garcilaso y fray Luis, y ensalzaba Fernando de Herrera al Señor de la llanura del mar, que dio a España la victoria de Lepanto (Discurso de proclamación de Falange Española de las JONS, 1976 [1934]: 331).

O esta otra cita en la que se observa esta voluntad de José Antonio Primo de Rivera de desmarcar a la Falange de cualquier parecido, ahora, con el fascismo italiano:

Por eso se ha encendido en Europa, y arde ya en España, la llama de una fe nueva. De una fe que ve, en lo terreno y en lo civil, como primera verdad, esta: un pueblo es una entidad total, indivisible, viva, con un destino propio que cumplir en lo universal. El bienestar de cada uno de los que integran el pueblo no es interés individual, sino interés colectivo, que la comunidad ha de asumir como suyo hasta el fondo, decisivamente. Ningún interés particular justo es ajeno al interés de la comunidad. Y, por consecuencia, no es lícito a nadie tirotear los fundamentos de la comunidad por estímulos de interés privado, por capricho intelectual o por soberbia.

[...]

España, contagiada de ese calor, no va a imitar a Italia: va a buscarse a sí misma; va a buscar en las entrañas propias lo que Italia buscó en las suyas; y va a encender en todos los españoles la fe resuelta en que pueden salvarse juntos y salvar a España (Luz nueva en España, 1976 [1934]: 368).

En el mismo sentido, hemos localizado en la revista del Sindicato Español Universitario (SEU), *Haz*, otra manifestación en la que se reitera la misma idea y, además, parece existir una acusación velada hacia los que, por pura ignorancia, no sabían apreciar el carácter propio del fascismo español:

Generalmente, a nosotros nos denomina el vulgo *fascista*. No es que este nombre sea ofensivo, pues estimo la institución italiana como una de las más honrosas del mundo. Nosotros lo tenemos todo nuestro, auténtico español. Nosotros tenemos un nombre propio Falange o el nacionalsindicalismo (Denominaciones y equívocos, *Haz*, 29 de julio de 1935, 8, 5).

4. La concepción de la política desde la óptica fascista

Como se ha observado en los anteriores apartados, con la clasificación y definiciones que se hacían de las distintas opciones políticas, el fascismo mostraba un absoluto desprecio hacia la *política*, el cual conllevaba el rechazo de dicho término. Ya en *El fascio* se lanzaba una feroz crítica a la política como concepto atemporal, es decir, sin aludir a la política de su tiempo ni al pasado: “La política al uso no nos interesa, por tanto. España no ha de salvarse porque la gobierne Azaña, o Lerroux, o Maura, los monárquicos o los republicanos. España ha de salvarse cuando haya en ella algo que

gobernar: una Nación y un Estado” (La política y nosotros, *El fascio*, 16 de marzo de 1933, 1, 11).

El sistema mediante el cual se elige a los representantes les resulta a los falangistas un sinsentido y, por ello, es ridiculizado. José Antonio Primo de Rivera denominaba el proceso electoral un “sorteo” (Los partidos se preparan para el sorteo, *Arriba*, 26 de diciembre de 1935, 25, 1). Sin embargo, posiblemente no exista un artículo en el que tan duramente se difamara a la política como el publicado, de forma anónima, en *Haz*, titulado “¡Política!”. En él pueden leerse palabras como estas: “Aprended, camaradas, a odiar esta palabra. Considerad siempre su esterilidad y su incompatibilidad con esa otra que se llama unidad de España. Huid de todos los partidos políticos; pensad que estos parten, destruyen lo que se llama la totalidad de España” (¡Política!, *Haz*, 9 de abril de 1935, 3, 3). Desde la Falange, se consideraba que la política de partidos era incompatible con la idea de la *unidad* de España, ya que había que hacer frente a las tesis separatistas que estaban vigentes en el País Vasco y Cataluña.

Sin embargo, es preciso aclarar que el rechazo al término no implica que las personas pasen a ser *apolíticas*, postura que es criticada con la misma contundencia. En la revista *Haz*, en otro artículo, “El apolítico”, se define a los que optan por desvincularse de cualquier compromiso con la política de la siguiente forma: “Seres inconscientes que se dejan llevar por los demás porque les falta cerebro, les falta corazón, les falta... todo. No tiene interés por la lucha, ama la vida sencilla [...] Su moral es nula. Es un lastre” (*Haz*, 26 de marzo de 1935, 1, 4). Los falangistas rechazaban la política, pero ello no implicaba que no se patrocinaran unos ideales por los que luchar. Es, si se quiere, una manera nueva de reflexionar sobre lo que tiene que ser la política desde la ideología fascista. Para conocer los diferentes sentidos que adquiere la palabra *política* en el contexto republicano están los estudios de Rebollo Torío (1978) y García Santos (1980). En este trabajo, nos vamos a centrar en las consideraciones de José Antonio Primo de Rivera sobre ella y en otros testimonios de la Falange.

El término *política* presenta, principalmente, en la España de los años treinta, dos valores: uno positivo y otro negativo. En el primer caso, suelen vincularse palabras como *arte*, *ciencia*, *dificultad*, que se encuentran tanto en posturas ideológicas de izquierdas como de derechas, incluso en Onésimo Redondo y Ramiro Ledesma, sobre todo cuando lo que se trata es de analizar el término de forma general, casi a nivel filosófico; en palabras de Rebollo Torío, “como concepción atemporal, independientemente de las circunstancias del momento” (1978: 30). En el segundo, la percepción cambia al ponerse directamente el término en contacto con la realidad. Entonces, aquellos grupos especialmente críticos con el gobierno en el poder asocian palabras como *simulación*, *engaño*, *corrupción*, *robo* (García Santos, 1980: 29). Del mismo modo, la palabra *política* insertada en el contexto republicano es frecuente que vaya adjetivada. García Santos (1980: 25) localiza en su estudio algunas oposiciones en este sentido: de una parte, “política de pueblo” o “política de cooperación” (la democracia); de otra, “política de clase” (del socialismo o del fascismo). Aunque el sintagma “política de clase” se atribuye por igual al socialismo y al fascismo, lo más usual en el uso político es que se aluda exclusivamente al socialismo, con valor de “política de clase obrera”, que se explica “desde el momento

en que responde a su propia concepción de la sociedad y de la política y, en consecuencia, es utilizado por los mismos socialistas con valor positivo” (1980: 26). Por el contrario, no puede suceder esto en el fascismo, ya que defiende la superación de clases y, por tanto, de ese tipo de política. En el ámbito fascista, con “política de clase” se referiría a un tipo de “política de clase burguesa”, pero nunca será aplicado este sintagma por los integrantes o adeptos del fascismo para ellos mismos, sino que es atribuido a ellos por los contrarios.

Por encima de cualquier aspiración y sentido de la realidad, para la Falange, prima España. Se asume que el país, en su relación con otras naciones, ha perdido su verdadera esencia; además, su unidad está en peligro. Su antiguo cauce imperial –colonial y aventurero– había derivado de forma insensible en una abulia por los sentimientos patrióticos. Esta situación es consecuencia directa del arribo del hombre, de aquel que ha sido adoctrinado en los principios de la política, a una vida falsificada. En cambio, ellos, los falangistas, viven en la tranquilidad de no pertenecer a ningún partido político, sino a un movimiento, como sinónimo casi de “antipartido”, y así lo aclaró José Antonio Primo de Rivera en el discurso de la Comedia:

El movimiento de hoy, que no es de *partido*, sino que es un *movimiento*, casi podríamos decir un antipartido, sépase desde ahora, no es de derechas ni de izquierdas. Porque en el fondo, la derecha es la aspiración a mantener una organización económica, aunque sea injusta, y la izquierda es, en el fondo, el deseo de subvertir una organización económica, aunque al subvertiría se arrastren muchas cosas buenas (Discurso de la fundación de Falange Española, 1976 [1933]: 192).

Esta manera de enfocar su concepto de *política* en la palabra *movimiento* es una estrategia que permite a los falangistas luchar con la independencia que da el no tener que defender unos ideales concretos, sino unos que fuesen totalizadores, a fin de que España volviese a recobrar su fuerza y presencia. Asimismo, quedarán liberados de los males (e improperios) que la sociedad atribuye a los partidos políticos. La Falange apela a desprender de España la parte física, es decir, la terrenal o geográfica, y analizar el vocablo desde su alma metafísica. Así, solo el fascismo parece responder a las necesidades que requiere el país para renacer y desprenderse de las corrientes de pensamiento de estilo extranjerizante que han ido introduciéndose durante la República, con sus miras puestas en Rusia, y que no creen que el estado sea indisoluble.

Sin embargo, la Falange rehúsa, de la misma manera, dar a su política el adjetivo *fascista* y, en su lugar, adopta una serie de sintagmas entre los que figuran: “política nueva”, “política fuerte” y, sobre todo, “política nacional”. El hecho de querer implantar un nuevo concepto de *política* conlleva la degradación automática del significado que el término ha ido adquiriendo a lo largo de las distintas etapas de la historia reciente de España, y, por este motivo, frente al adjetivo *nuevo*, *fuerte*, *nacional*, José Antonio Primo de Rivera utilizará una serie de sintagmas, con valor despectivo, para calificar a aquella política: “vieja política”, “política desastrosa” (Discurso pronunciado en Villamartín. 1976 [1933]: 203), “política torpe”, “política tosca” (Ensayo sobre el nacionalismo. 1976 [1934]: 348-349), “política confusa, mediocre, cobarde, estéril” (Carta a un militar español. 1976 [1934]: 469), “política de secta”, “política disgregadora” (España estancada, *Arriba*, 21 de marzo de 1935,

1, 1), “trágica política” (Ante una encrucijada en la historia política y económica del mundo. 1976 [1935]: 625), “política monstruosa” (Azaña, *Arriba*, 30 de mayo de 1935, 11, 1), “política estancada” (Traidores, *Arriba*, 6 de junio de 1935, 12, 1) o “política estéril” (La Falange ante las elecciones de 1936, *Arriba*, 6 de febrero de 1936, 31, 4). Un caso interesante es la metáfora que Primo de Rivera empleaba para explicar la realidad política española del momento, en la que España quedaba identificada con un barco: “Este barco da bandazos hacia la derecha y hacia la izquierda. Pero un buen piloto sabe que ni el volcarse a babor ni el volcarse a estribor es el destino del barco, sino seguir la prolongación indefinida de la proa” (El barco, *Arriba*, 2 de mayo de 1935, 2, 6).

El “buen piloto”, siguiendo la metáfora, sería un jefe político encargado de conducir el barco con sus navegantes hacia un destino único. El barco simbolizaría a *España* y los que navegan en él, los *españoles*. El piloto, o lo que es lo mismo, José Antonio Primo de Rivera, manejaría el timón, convencido de los ideales que propagaba su movimiento, ya que, según sus palabras, “toda gran política se apoya en el alumbramiento de una gran fe” (Homenaje y reproche a Don José Ortega y Gasset, *Haz*, 5 de diciembre de 1935, 12, 1). Esa “gran fe” de la que se habla es el deseo de reconducir los destinos de España, y, para que esto sea posible, es necesario desterrar a los partidos políticos, interesados en imponer el punto de vista que dictamina la ideología que siguen, en favor de una “gran tarea de edificación” (Revolución. 1976 [1934]: 363). Es decir, una misión que consiste en levantar nuevamente los cimientos de la España espiritual católica y reubicarla en su destino histórico; solo entonces la Falange estaría dispuesta a hablar de *política*. En el citado artículo de la revista *Haz* se podían leer las siguientes palabras: “Cuando en su día, la odiada y odiosa palabra vuelva a tener su valor sano, quizá seamos políticos unidos todos por conducir a España a ese destino tan magníficos que le está reservado” (¡Política!, *Haz*, 9 de abril de 1935, 3, 3).

La política, tal y como estaba planteada en aquel momento, no era beneficiosa; por eso requería de un proceso de saneamiento. Primo de Rivera posee incluso un concepto diferente de cuál debería ser la *misión* de aquel que quisiera dedicarse a la política, esto es: el político. Para él, había dos formas de ejercer la política: como carrera y como servicio:

La carrera consiste en ir granjeándose como sea la popularidad para escalar puestos brillantes. El servicio, en acudir a los cargos públicos para contribuir desde ellos, abnegadamente, al superior destino de la Patria, aunque sea arriesgando la popularidad (Conferencia en Jerez de la Frontera, 1976 [1936]: 881).

El fundador de Falange criticaba a aquellos que hacían de la política una profesión para conseguir puestos de relevancia y, por consiguiente, un buen estatus social y económico. En su pensamiento, este modo de concebir la política generaba una lucha de intereses entre los distintos partidos. Él, en cambio, la entendía con vocación de *servicio*, con espíritu de *milicia*, con absoluto *desprendimiento*. En este sentido, la política volvería a tener sentido cuando España, unida –simbólicamente en un haz–, proclamara un Mando único, que no fuese ni de un régimen ni de otro, sino que la política fuera *una, independiente y universal*.

5. Conclusiones

En esta especie de demanda enérgica de la Falange para solucionar la tragedia de la realidad de los años treinta en adelante, era fundamental otorgar el paso a los jóvenes, una generación nueva, limpia de contacto ideológico y, por tanto, idónea para inculcar el programa monopolizador que se anhelaba para España. El fin último era salvar a la *humanidad*, especialmente a la *hispanidad*, de la catástrofe a la que los “otros”, los enemigos de la patria, la habían conducido.

No obstante, pese a la atención que se muestra hacia la juventud, sobre todo la universitaria, a fin de crear una aristocracia espiritual, la Falange, empresa universal al servicio del país y su tradición histórica, quiere captar cuantos más adeptos pueda. Para las ideologías totalitarias, según se ha explicado, no existen variaciones ideológicas, sino que los seguidores asumen este modo de entender la vida de forma inmutable. El dirigente no persigue modificar conductas para adaptarlas a su conveniencia, a diferencia de los líderes políticos. Del mismo modo, a la hora de la confección del discurso, no se tienen en cuenta otras posibles maneras de pensar, salvo para contraponerse a ellas. En ese sentido, si el dirigente presentía que entre sus afiliados o simpatizantes surgía la duda de la verdad de su mensaje, recurría al recurso de la presuposición, rasgo típico del discurso ideológico, de acuerdo con lo expresado por van Dijk (1996: 39; 1997: 72-73). La presuposición, si bien no es una manera de expresar rotundidad en sus tesis, ayuda a dividir a una colectividad en “buenos” y “malos”, pero con un tono más persuasivo.

En los movimientos fascistas no se persigue originar un programa ideológico que solucione las posibles inquietudes de la ciudadanía, sino imponerlo. Es evidente que, para que sea eficaz, necesita un destinatario o un auditorio, y esta adecuación del texto al contexto, se cumple, pues los lectores de *El fascio*, de los demás medios citados, o los asistentes a los mítines, serían, por lógica, gentes interesadas en la doctrina que leían y oían. Esto significa que estas personas tendrían interiorizada la base social que se requería para vincular los textos a su modo de entender la realidad, que debía ser compartido (van Dijk, 1997: 72).

Referencias bibliográficas

- Adorno, Theodor. W. 1971. *La ideología como lenguaje*, Madrid, Taurus.
- Anónimo. 16 de marzo de 1933. La política y nosotros, *El fascio*, 1, 11.
- Anónimo. 16 de marzo de 1933. Manifiesto editorial, *El fascio*, 1, 1.
- Anónimo. 16 de marzo de 1933. Obrero, *El fascio*, 1, 1.
- Anónimo. 16 de marzo de 1933. Un factor importante: la mujer en el fascismo, *El fascio*, 1, 11.
- Anónimo. 9 de abril de 1935. ¡Política!, *Haz*, 3, 3.
- Anónimo. 29 de julio de 1935. Denominaciones y equívocos, *Haz*, 8, 5.
- Anónimo. 26 de marzo de 1935. El apolítico, *Haz*, 1, 4.
- Anónimo. 6 de junio de 1935. Traidores, *Arriba*, 12, 1.
- Domenach, Jean-Marie. 1986. *La propaganda política*, Buenos Aires, Eudeba.

- Gallego Margalef, Fernando José (Ferran). 2014. *El evangelio fascista: La formación de la cultura política del franquismo (1939-1950)*, Barcelona, Crítica.
- Gallego Margalef, Ferran y Francisco Morente Valero (eds.). 2005. *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, Barcelona, El Viejo Topo.
- García Santos, Juan Felipe. 1980. *Léxico y política de la Segunda República*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- Gibson, Ian. 2008. *En busca de José Antonio*, Barcelona, Aguilar.
- Giménez Caballero, Ernesto. 15 de febrero de 1929. Carta a un compañero de la joven España, *La Gaceta Literaria*, 52, 1 y 5.
- J. A. [José Antonio?]. 16 de marzo de 1933. El emblema de las JONS, *El fascio*, 1, 14.
- Jato, David. 1953. *La rebelión de los estudiantes. Apuntes para una historia del alegre del SEU*, Madrid, CIES.
- Luca de Tena, Juan Ignacio. 17 de marzo 1933. Ambiente de violencia, *ABC*, 17.
- Mainer, José Carlos. 2013. *Falange y literatura*, Barcelona, RBA.
- Primo de Rivera, José Antonio. 22 de marzo de 1933. Carta de Primo de Rivera a Ignacio Luca de Tena sobre el fascismo (primera), *ABC*, 17.
- Primo de Rivera, José Antonio. 23 de marzo de 1933. Carta de Primo de Rivera a Ignacio Luca de Tena sobre el fascismo (segunda), *ABC*, 19.
- Primo de Rivera, José Antonio. 16 de marzo de 1933. Orientaciones. Hacia un nuevo Estado, *El fascio*, 1, 2.
- Primo de Rivera, José Antonio. 11 de enero de 1934. Fascismo frente a marxismo, *F. E.*, 2, 5.
- Primo de Rivera, José Antonio. 12 de julio de 1934. ¿Quiénes son los nuestros?, *F. E.*, 14, 3.
- Primo de Rivera, José Antonio. 12 de abril de 1934. Trabajadores, *F. E.*, 10, 5.
- Primo de Rivera, José Antonio. 30 de mayo de 1935. Azaña, *Arriba*, 11, 1.
- Primo de Rivera, José Antonio. 2 de mayo de 1935. El barco, *Arriba*, 2, 6.
- Primo de Rivera, José Antonio. 21 de marzo de 1935. España estancada, *Arriba*, 1, 1.
- Primo de Rivera, José Antonio. 5 de diciembre de 1935. Homenaje y reproche a Don José Ortega y Gasset, *Haz*, 12, 1.
- Primo de Rivera, José Antonio. 26 de diciembre de 1935. Los partidos se preparan para el sorteo, *Arriba*, 25, 1.
- Primo de Rivera, José Antonio. 6 de febrero de 1936. La Falange ante las elecciones de 1936, *Arriba*, 31, 4.
- Primo de Rivera, José Antonio. 1976 [1933]. Al volver. En Agustín del Río Cisneros, ed., *Obras completas: Escritos y discursos (1922-1936)*, vol. 1, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 180.
- Primo de Rivera, José Antonio. 1976 [1933]. Discurso de la fundación de Falange Española. En Agustín del Río Cisneros, ed., *Obras completas: Escritos y discursos (1922-1936)*, vol. 1, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 192.
- Primo de Rivera, José Antonio. 1976 [1933]. Discurso pronunciado en Villamartín. En Agustín del Río Cisneros, ed., *Obras completas: Escritos y discursos (1922-1936)*, vol. 1, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 203.

- Primo de Rivera, José Antonio. 1976 [1934]. Carta a un militar español. Agustín del Río Cisneros, ed., *Obras completas: Escritos y discursos (1922-1936)*, vol. 1, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 469.
- Primo de Rivera, José Antonio. 1976 [1934]. Declaraciones en *Ahora*. En Agustín del Río Cisneros, ed., *Obras completas: Escritos y discursos (1922-1936)*, vol. 1, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 303-306.
- Primo de Rivera, José Antonio. 1976 [1934]. Discurso de proclamación de Falange Española de las JONS. En Agustín del Río Cisneros, ed., *Obras completas: Escritos y discursos (1922-1936)*, vol. 1, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 331.
- Primo de Rivera, José Antonio. 1976 [1934]. Ensayo sobre el nacionalismo. En Agustín del Río Cisneros, ed., *Obras completas: Escritos y discursos (1922-1936)*, vol. 1, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 348-349.
- Primo de Rivera, José Antonio. 1976 [1934]. La Falange y la FUE. En Agustín del Río Cisneros, ed., *Obras completas: Escritos y discursos (1922-1936)*, vol. 1, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 282.
- Primo de Rivera, José Antonio. 1976 [1934]. Luz nueva en España. En Agustín del Río Cisneros, ed., *Obras completas: Escritos y discursos (1922-1936)*, vol. 1, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 367.
- Primo de Rivera, José Antonio. 1976 [1934]. Nota redactada por José Antonio. En Agustín del Río Cisneros, ed., *Obras completas: Escritos y discursos (1922-1936)*, vol. 1, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 524.
- Primo de Rivera, José Antonio. 1976 [1934]. Revolución. En Agustín del Río Cisneros, ed., *Obras completas: Escritos y discursos (1922-1936)*, vol. 1, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 363.
- Primo de Rivera, José Antonio. 1976 [1935]. Ante una encrucijada en la historia política y económica del mundo. En Agustín del Río Cisneros, ed., *Obras completas: Escritos y discursos (1922-1936)*, vol. 2, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 625.
- Primo de Rivera, José Antonio. 1976 [1935]. Conferencia pronunciada en Zaragoza. En Agustín del Río Cisneros, ed., *Obras completas: Escritos y discursos (1922-1936)*, vol. 1, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 559.
- Primo de Rivera, José Antonio. 1976 [1936]. Conferencia en Jerez de la Frontera. En Agustín del Río Cisneros, ed., *Obras completas: Escritos y discursos (1922-1936)*, vol. 2, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 881.
- Primo de Rivera, José Antonio. 1976 [1936]. Declaraciones de José Antonio desde la cárcel de Alicante. En Agustín del Río Cisneros, ed., *Obras completas: Escritos y discursos (1922-1936)*, vol. 2, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1006.
- Primo de Rivera, José Antonio. 1976. *Obras completas: Escritos y discursos (1922-1936)*. 2 vols., Agustín del Río Cisneros, ed., Madrid, Instituto de Estudios Políticos.
- Rebollo Torío, Miguel Ángel. 1978. *Vocabulario Político, Republicano y Franquista (1931-1971)*, Valencia, Fernando Torres.
- Saz Campos, Ismael. 2003. *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons.
- Saz Campos, Ismael. 2004. *Fascismo y franquismo*, Valencia, Universitat de València.

- Van Dijk, Teun. 1996. Análisis del discurso ideológico, *Versión*, 6 (octubre), 15-43.
- Van Dijk, Teun. 1997. Discurso, cognición y sociedad, *Signos. Teoría y práctica de la educación*, 22 (octubre-diciembre), 66-74.
- Winckler, Lutz. 1979. *La función social del lenguaje fascista*, Barcelona, Ariel.